

HACIA LA EPOCA DEL CAMBIO CONTINUO

Luis Alberto Restrepo y Socorro Ramírez, Colombia, 2020

El mundo actual aparece como un gigantesco rompecabezas de miles de piezas diminutas que hubieran saltado por el aire. Todos los países del mundo se hallan hoy afectados por la lucha de poder entre las grandes potencias del momento, Estados Unidos, China y Rusia. Mientras los Estados Unidos de Trump aparecen inseguros, cambiantes e impredecibles, los dirigentes de China y Rusia se muestran serenos y firmes. Gran potencia en caída libre y potencias emergentes que confían en su imparable ascenso. Europa ocupa en esa contienda un lugar aún no definido al que nos referiremos al final.

Entre las potencias contrincantes existe un consenso fundamental de adhesión al capitalismo financiero global, un capitalismo muy contaminado por capitales ilegales y criminales. La Oficina de Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito (2012), sostiene que derivados de esas actividades ilegales, unos 870 mil millones de dólares, son lavados mundialmente cada año. Las grandes potencias sólo luchan por definir quién conducirá la nave y cómo habrá que organizar a los pilotos y a los pasajeros. La urgencia de los dilemas y la lentitud de la democracia para tomar decisiones en medio de un mundo en cambio acelerado inducen al capital financiero a buscar formas de administración más expeditas, incluso si son centralizadas y autoritarias. Quizá le resulten más útiles.

La disputa entre potencias también permite o estimula las discrepancias y conflictos entre países y sectores sociales de toda condición. Israel no cesa en su lucha contra Palestina y países árabes; Rusia contra Ucrania; Vietnam del Norte contra el Sur; Rusia, Turquía e Irán contra la fallida alianza de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña en Siria; el Estado Islámico (EI) contra el régimen sirio; sectores sociales marginados de todo el mundo contra las elites; poblaciones locales contra migrantes y estos contra aquellas; cada generación contra la antecedente; los hijos contra sus padres. Y las crisis de las naciones emergentes y la inestabilidad general están empujando enormes olas migratorias del sur al norte y el oriente hacia el occidente, que circulan por el mundo como un doloroso tiovivo. En los países de destino, ya aquejados por el desempleo, generan reacciones de racismo, polarización política y fortalecimiento de las derechas.

Con todo, sería una lectura muy limitada si dijéramos que la turbulencia actual se deba únicamente a la luchas por la redistribución y reorganización del poder en el mundo. Más allá de eso, nos hallamos inmersos en un cambio de época, o, más bien, nos adentramos en una nueva época caracterizada por el cambio continuo como estructura permanente. Damos los primeros pasos en la época del cambio incesante donde no habrá nada estable ni definido por largo tiempo. La tercera revolución industrial inventó la máquina, creó la fábrica y agilizó los procedimientos productivos. La cuarta, la cognitiva, que apenas iniciamos, nos anuncia que ya no habrá manera de clasificarla por alguna modificación particular.

En efecto, la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas nos arrastran cada día hacia mundos desconocidos en todos los ámbitos: informática, telemática, física, genética, nanotecnología, biotecnología, etc., y cada una de ellas es una nueva fuente de inagotables aplicaciones que con frecuencia no pueden ser plenamente controladas por el capital ni por los gobiernos.

El desarrollo de la Inteligencia Artificial (IA), cuyo potencial no parece tener límites, promete seguir robotizando aceleradamente el trabajo y obligando a todos los humanos a una continua actualización de sus conocimientos. Las labores repetitivas -de las fábricas, sus directivos y operarios, los abogados y los jueces, sus asesores y secretarios, los comerciantes, los funcionarios, en parte los médicos, etc.- irán siendo sustituidos por dispositivos inteligentes y grandes centros de cómputo. Al mismo tiempo, el mundo entero tiende a hacerse inteligente: la nevera, la calefacción, la casa, la arquitectura, el urbanismo, el ordenamiento territorial. Hasta el orden social y político de las aún llamadas "naciones", queda supeditado a la información que aporten los Big-Data y el manejo que se les sepa dar.

En fin, las súbitas alteraciones están modificando tan profundamente todas nuestras formas de vida que podemos decir incluso que estamos ante un cambio de civilización, lo que incluye una transformación de los valores que han guiado a occidente por lo menos desde los inicios de la modernidad o incluso desde

más atrás: desde el orden jurídico del imperio romano y los valores predicados por la cristiandad y secularizados luego por la modernidad democrática. La informática ha ido cambiando las formas de relacionamiento íntimo, desde el enamoramiento y el erotismo hasta la formación de parejas. La genética está induciendo una descolonización de todos los cuerpos hasta ahora discriminados, oprimidos y esclavizados. Y si, desde la prehistoria hasta ayer, la fuerza física masculina se impuso siempre en el trabajo, lo que le permitió al varón trasladar su imperio a la economía, la vida familiar y la política, hoy, con la informatización del trabajo, equilibra los roles entre mujer y hombre, e incluso el papel directivo tiende a pasar a manos de la mujer, más atenta, más minuciosa, más cuidadosa del detalle.

Si a lo anterior le añadimos los innumerables interrogantes y sorprendentes retos que nos plantean el cambio climático y las sacudidas de la naturaleza, cada día más terminantes -la pandemia entre ellas- no podemos aspirar a un nuevo periodo de estabilidad y paz. Más bien, se cierne un horizonte de incertidumbres y conflictos de todo orden con los que tendremos que aprender a vivir. Si la certeza y la seguridad han sido valores fundamentales de las sociedades modernas y posmodernas, la inseguridad y la incertidumbre se van instalando en su lugar.

A pesar de su atraso y su actual aislamiento internacional, América Latina no escapa a esta situación. La ilusión de fines del siglo XX, de alcanzar una integración latinoamericana (inspirada sin confesarlo en la UE), se esfumó desde comienzos de este siglo. Las devastadoras exigencias del consenso de Washington -el “ajuste” de los estados y la “apertura” de las economías- hicieron que cada país latinoamericano se disparara en su propia dirección, bien fuese de acomodamiento al consenso o de rebelión. Para Latinoamérica ya será un éxito si logra evitar los conflictos armados entre naciones vecinas.

Colombia, en particular, es un laboratorio de muchos de los conflictos que hemos señalado. El país sigue padeciendo la violencia y la corrupción generadas por la ilegalización de las drogas. Llevamos medio siglo de guerra, miles de muertos y miles de millones de dólares dilapidados en una guerra inútil contra la cocaína sin que se hayan reducido sus mercados. Si esa fortuna hubiera sido invertida en desarrollo de las zonas más abandonadas, otra sería la situación. Pero continuamos sometidos a una guerra impuesta por los gobiernos de Estados Unidos. Los acuerdos de paz firmados por el estado en el 2016 con las Farc -la mayor guerrilla del país, sustentada en el narcotráfico como todos los demás grupos armados-, fueron convertidos por los enemigos del acuerdo en estandarte de guerra política y en blanco de todos sus ataques. Ante la incierta situación, una parte de los antiguos militantes de las Farc ha vuelto a las armas, mientras el ELN, instalado de tiempo atrás en Venezuela, continúa su acción violenta. Con esta última guerrilla, el gobierno de Juan Manuel Santos adelantó conversaciones en una Mesa de negociación hasta la llegada de Iván Duque quien la levantó luego de un atentado terrorista del ELN en Bogotá.

Entre el régimen de Maduro en Venezuela y el gobierno de Colombia la relación es muy tensa, tensión a la que contribuyen Rusia e Irán en su apoyo a Venezuela y, desde Colombia, por Estados Unidos. Rusia le ha vendido grandes cantidades de armas a ese país. Mientras agentes de inteligencia cubana vigilan y controlan al ejército venezolano, agentes de inteligencia rusa entrenan a la inteligencia del vecino. Del lado colombiano, entre tanto, marines estadounidenses se encuentran ya en el territorio, enviados supuestamente para entrenar al ejército colombiano en la lucha contra el narcotráfico.

Más de cinco millones de venezolanos han tenido que salir de su país en busca de refugio. Cerca de dos millones han tratado de quedarse en Colombia, el vecino con el que Venezuela comparte la frontera más larga y llena de interacciones. Del éxodo desde Venezuela también hace parte el retorno de muchos colombianos de los miles que allí migraron buscando ingresos o refugio; y ahora llegan con familia binacional. Hacia Colombia también se dirige una migración pendular que sale y entra casi a diario en busca de remesas, ingresos, bienes y servicios básicos.

La tensión entre los gobiernos centrales, ha cerrado todo lo que regulaba la abigarrada vecindad colombo-venezolana: controles en puentes y pasos fronterizos formales, sistema consular, representación diplomática, mecanismos que ayudaban a procesar asuntos compartidos. Los cierres de los pasos fronterizos formales llevan al uso de trochas para la circulación de todo tipo de flujos entre los dos países, incluido el éxodo poblacional, lo que desata disputas por su control entre grupos armados

ilegales que operan a ambos lados de la frontera. Esto se traduce en aumento de extorsiones, desapariciones, asesinatos, reclutamiento o trabajos forzados, trata de personas y explotación sexual.

A pesar de todos estos graves problemas, en Colombia se mantienen hasta ahora las formas de la democracia, gracias tal vez a que se trata de una democracia legalista y corrupta, cuyas complejas reglas de juego son manipuladas a su amaño por elites de diverso cuño y flotan por encima de los problemas de fondo.

En todo este contexto, ¿qué lugar ocupa Europa? Como es sabido, la renovación del liberalismo desde los tiempos de Reagan, terminó presionando también a Europa y abriendo grietas en la Unión europea. El estado de bienestar se debilitó. Las estructuras no democráticas de Bruselas no contribuyeron a la defensa. Más bien, le dieron argumentos adicionales al Brexit y siguen alimentando la fragmentación de la Unión y la polarización de los espíritus. Crecen las amenazas de ruptura entre Francia y Alemania, y con ello, de punto final a la UE. Pero al mismo tiempo, Europa toma creciente distancia de Trump y se percibe allí una creciente reacción inspirada en nuevos valores. Se fortalece el movimiento verde europeo y se aproxima a una izquierda reverdecida. Crecen el antiimperialismo, la descolonización, el antirracismo. Europa no podrá volver a imponer su ley en el mundo, pero sí podría llegar a ser un importante bastión de resistencia y humanidad.